

PERSONAJES

- El PROFESOR CÉSAR RUBIO, de 50 años.
ELENA, su esposa, 45 años.
MIGUEL, su hijo, 22 años.
JULIA, su hija, 20 años.
El PROFESOR OLIVER BOLTON (norteamericano
con acento español), 30 años.
Un DESCONOCIDO (El general NAVARRO).
EPIGMENTO GUZMÁN, presidente municipal.
SALINAS }
GARZA } diputados locales.
TREVINO }
El LICENCIADO ESTRELLA, delegado y orador del Partido.
EMETERIO ROCHA, viejo.
LEÓN
SALAS
La Multitud
Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Los Rubio aparecen dando los últimos toques al arreglo de la sala y el comedor de su casa, a la que han llegado el mismo día, procedentes de la capital. El calor es intenso. Los hombres están en mangas de camisa. Todavía queda al centro de la escena un cajón que contiene libros. Los muebles son escasos y modestos: dos sillones y un sofá de tule, toscamente tallados a mano, hacen las veces de juego confortable, contrastando con algunas sillas vienesas, bastante despintadas, y una mecedora de bejuco. Dos terceras partes de la escena representan la sala, mientras la tercera parte, al fondo, está dedicada al comedor. La división entre las dos piezas consiste en una especie de galería: unos arcos con pilares descubiertos, hechos de madera; con excepción del arco central, que hace función de pasaje; los otros están cerrados hasta la altura de un metro por tablas pintadas de un azul pálido y floreado, que el tiempo ha desleído y las moscas han manchado. Demasiado pobre para tener mosaicos o cemento, la casa tiene un piso de tipichil, o cemento doméstico, cuya desigualdad presta una actitud—dijérase—inquietante a los muebles. El techo es de vigas. La sala tiene, en primer término izquierda, una puerta que comunica con el exterior; un poco más arriba hay una ventana amplia; al centro de la pared derecha, un arco conduce a la escalera que lleva a las recámaras. Al fondo de la escena, detrás de los arcos, es visible una ventana situada en el centro; una puerta, al fondo derecha, lleva a la pequeña cocina, en la que se supone que hay una salida hacia el solar, característico del Norte. La casa es toda, visiblemente, una construcción de madera, sólida, pero no en muy buen estado. El aislamiento de su situación no permitió la tradicional fábrica de sillar; la modestia de los dueños, ni siquiera la fábrica de adobe frecuente en las regiones menos populosas del Norte.

ELENA RUBIO, mujer bajita, robusta, de unos cuarenta y cinco años, con un trapo amarrado a la cabeza a guisa de cofia, sacude las sillas, cerca de la ventana derecha, y las acomoda conforme termina; JULIA, muchacha alta, de silueta agradable, aunque su rostro carece de atractivo, también con la cabeza cubierta, termina de arreglar el comedor. Al levantarse el telón puede vérsela en pie sobre una silla, colgando una lámina en la pared. La línea de su cuerpo se destaca con bastante rigor. No es propiamente la tradicional virgen provinciana, sino una mezcla curiosa de pudor y provocación, de represión y de fuego. CÉSAR RUBIO es moreno; su figura recuerda vagamente la de Emiliano Zapata y, en general, la de los hombres y las modas de 1910, aun-

que vista impersonalmente y sin moda. Su hijo, MIGUEL, parece más joven de lo que es; delgado y casi pequeño, es más bien un muchacho mal alimentado que fino. Está sentado sobre el cajón de los libros, enjugándose la frente.

CÉSAR.—¿Estás cansado, Miguel?

MIGUEL.—El calor es insoportable.

CÉSAR.—Es el calor del Norte que, en realidad, me hacía falta en México. Verás qué bien se vive aquí.

JULIA.—(Bajando.) Lo dudo.

CÉSAR.—Sí, a ti no te ha gustado venir al pueblo.

JULIA.—A nadie le gusta ir a un desierto cuando tiene veinte años.

CÉSAR.—Hace veinticinco años era peor, y yo nací aquí y viví aquí. Ahora tenemos la carretera a un paso.

JULIA.—Sí..., podré ver los automóviles como las vacas miran pasar los trenes de ferrocarril. Será una diversión.

CÉSAR.—(Mirándola fijamente.) No me gusta que resientas tanto este viaje, que era necesario. (ELENA se acerca.)

JULIA.—Pero ¿por qué era necesario? Te lo puede decir papá. Porque tú no conseguiste hacer dinero en México.

MIGUEL.—Piensas demasiado en el dinero.

JULIA.—A cambio de lo poco que el dinero piensa en mí. Es como el amor, cuando nada más uno de los dos quiere.

CÉSAR.—¿Qué sabes tú del amor?

JULIA.—Demasiado. Sé que no me quieren. Pero en este desierto hasta podré parecer bonita.

ELENA.—(Acercándose a ella.) No es la belleza lo único que hace acercarse a los hombres, Julia.

JULIA.—No..., pero es lo único que no los hace alejarse.

ELENA.—De cualquier modo, no vamos a estar aquí toda la vida.

JULIA.—Claro que no, mamá. Vamos a estar toda la muerte. (CÉSAR la mira pensativamente.)

ELENA.—De nada te servía quedarte en México. Alejándote, en cambio, puedes conseguir que ese muchacho piense en ti.

JULIA.—Sí..., con alivio, como en un dolor de muelas ya pasado. Ya no le doleré..., y la extracción no le dolió tampoco.

MIGUEL.—(Levantándose de la caja.) Si decidimos quejarnos, creo que tengo mayores motivos que tú.

CÉSAR.—¿También tú has perdido algo por seguir a tu padre?

MIGUEL.—(Volviéndose a otro lado y encogiéndose de hombros.) Nada..., una carrera.

CÉSAR.—¿No cuentas los años que perdiste en la Universidad?

MIGUEL.—(Mirándolo.) Son menos que los que tú has perdido en ella.

ELENA.—(Con reproche.) Miguel.

CÉSAR.—Déjalo que hable. Yo perdí todos esos años por mantener viva a mi familia... y por darte a ti una carrera..., también un poco porque creía en la Universidad como un ideal. No te pido que lo comprendas, hijo mío, porque no podrías. Para ti, la Universidad no fue nunca más que una huelga permanente.

MIGUEL.—Y para ti, una esclavitud eterna. Fueron los profesores como tú los que nos hicieron desear un cambio.

CÉSAR.—Claro, queríamos enseñar.

ELENA.—Nada te dio a ti la Universidad, César, más que un sueldo que nunca nos ha alcanzado para vivir.

CÉSAR.—Todos se quejan, hasta tú. Tú misma me crees un fracasado, ¿verdad?

ELENA.—No digas eso.

CÉSAR.—Mira las caras de tus hijos; ellos están enteramente de acuerdo con mi fracaso. Me consideran como a un muerto. Y, sin embargo, no hay un solo hombre en México que sepa todo lo que yo sé de la revolución. Ahora se convencerán en la escuela, cuando mis sucesores demuestren su ignorancia.

MIGUEL.—¿Y de qué te ha servido saberlo? Hubiera sido mejor que supieras menos de la revolución, como los generales, y fueras general. Así no nos hubiéramos tenido que venir aquí.

JULIA.—Así tendríamos dinero.

ELENA.—Miguel, hay que llevar arriba este cajón de libros.

MIGUEL.—Ahora ya hemos empezado a hablar, mamá, a decir la verdad. No trates de impedirlo. Más vale acabar de una vez. Ahora es la verdad la que nos dice, la que nos grita a nosotros... y no podemos evitarlo.

CÉSAR.—Sí, más vale que hablemos claro. No quiero ver a mi alrededor esas caras silenciosas que tenían en el tren, reprochándome el no ser general, el no ser bandido inclusive, a cambio de que tuviéramos dinero. No quiero que volvamos a estar como en los últimos días de México, rodeados de pausas. Déjalos que estallen y lo digan todo, porque también yo tengo mucho que decir, y lo diré.

ELENA.—Tú no tienes nada que decir ni que explicar a tus hijos, César. Ni debes tomar así lo que ellos digan, nunca han tenido nada..., nunca han podido hacer nada.

MIGUEL.—Sí, pero ¿por qué? Porque nunca lo vimos a él poder nada, y porque él nunca tuvo nada. Casa quien sigue el ejemplo que tiene.

JULIA.—¿Por culpa nuestra hemos tenido que venir a este desierto? Te pregunto qué habíamos hecho nosotros, mamá.

CÉSAR.—Sí, ustedes quieren la capital; tienen miedo a vivir y a trabajar en un pueblo. No es culpa de ustedes, sino mía por haber ido allá también, y es culpa de todos los que antes que yo han creído que es allá donde se triunfa. Hasta los revolucionarios aseguran que las revoluciones solo pueden ganarse en México. Por eso vamos todos allá. Pero ahora yo he visto que no es cierto, y por eso he vuelto a mi pueblo.

MIGUEL.—No..., lo que has visto es que «tú» no ganaste nada; pero hay otros que han tenido éxito.

CÉSAR.—¿Lo tuviste tú?

MIGUEL.—No me dejaste tiempo.

CÉSAR.—¿De qué? ¿De convertirte en un líder estudiantil? Tonto, no es eso lo que se necesita para triunfar.

MIGUEL.—Es cierto, tú has tenido más tiempo que yo.

JULIA.—Aquí, ni con un siglo de vida haremos nada. (Se sienta con violencia.)

CÉSAR.—¿Qué has perdido tú por venir conmigo, Julia?

JULIA.—La vista del hombre a quien quiero.

ELENA.—Eso era precisamente lo que te tenía enferma, hija.

CÉSAR.—(En el centro, machacando un poco las palabras.) Un profesor de Universidad, con cuatro pesos diarios, que nunca pagaban a tiempo, en una universidad en descomposición, en la que nadie enseñaba ni nadie aprendía ya..., una universidad sin clases. Un hijo, que pasó seis años en huelgas, quemando cohetes y gritando, sin estudiar nunca. Una hija... (Se detiene.)

JULIA.—Una hija, fea. (ELENA se sienta cerca de ella y la acaricia en la cabeza, JULIA se aparta de mal modo.)

CÉSAR.—Una hija enamorada de un fifi de bailes que no la quiere. Esto era México para nosotros. Y porque se me ocurre que podemos salvarnos todos volviendo al pueblo donde nací, donde tenemos por lo menos una casa que es nuestra, parece que he cometido un crimen. Claramente les expliqué por qué quería venir aquí.

MIGUEL.—Eso es lo peor. Si hubiéramos tenido que ir a un lugar fértil, a un campo; pero todavía venimos aquí por una ilusión tuya, por una cosa inconfesable...

CÉSAR.—¿Inconfesable? No conoces el precio de las palabras. Va a haber elecciones en el Estado, y yo podría encontrar un acomodo. Conozco a todos los políticos que juegan..., podré convencerlos de que funden una Universidad, y, quizá, seré rector de ella.

ELENA.—Ninguno de ellos te conoce, César.

CÉSAR.—Alguno hay que fue condiscípulo mío.

ELENA.—¿Quién ha hecho nada por ti entre ellos?

CÉSAR.—No en balde he enseñado la historia de la revolución tantos años; no en balde he acumulado datos y documentos. Sé tantas cosas sobre todos ellos, que tendrán que ayudarme.

MIGUEL.—(De espaldas al público.) Eso es lo inconfesable.

CÉSAR.—(Dándole una bofetada.) ¿Qué puedes reprocharme tú a mí? ¿Qué derecho tienes a juzgarme?

MIGUEL.—(Se vuelve lentamente hacia el frente conforme habla.) El de la verdad. Quiero vivir la verdad porque

estoy harto de apariencias. Siempre ha sido lo mismo. De chico, cuando no tenía zapatos, no podía salir a la calle, porque mi padre era profesor de la Universidad y qué irían a pensar los vecinos. Cuando llegaba tu santo, mamá, y venían invitados, las sillas y los cubiertos eran prestados todos, porque había que proteger la buena reputación de la familia de un profesor universitario..., y lo que se bebía y se comía era fiado, pero ¡qué pensarían las gentes si no hubiera habido de beber y de comer!

ELENA.—Miguel, no tienes derecho a reprocharnos el ser pobres. Tu padre ha trabajado siempre para ti.

MIGUEL.—Pero ¡si no es el ser pobres lo que les reprocho! ¡Si yo quería salir descalzo a jugar con los demás chicos! Es la apariencia, la mentira, lo que me hace sentirme así. ¡Y, además, era cómico! ¡Era cómico porque no engañaban a nadie..., ni a los invitados que iban a sentarse en sus propias sillas, a comer con sus propios cubiertos..., ni al tendero que nos fiaba las mercancías! Todo el mundo lo sabía, y si no se reían de ustedes era porque ellos vivían igual y hacían lo mismo. Pero ¡era cómico! *(Se echa a llorar y se deja caer en uno de los sillones.)*

JULIA.—*(Levantándose.)* No sé qué puedes decir tú, cuando yo pasé por cosas peores..., siempre mal vestida..., y siendo, además, como soy..., fea.

ELENA.—*(Levantándose y yendo a ella.)* Hija, ¡no es cierto! *(Le toma la cabeza y la besa. Esta vez JULIA se deja hacer.)*

CÉSAR.—*(Después de una pausa.)* Hay que subir esos libros, Miguel. *(MIGUEL se levanta, secándose los ojos, con gesto casi infantil, y entre los dos hombres levantan la caja.)* Déjanos pasar, Elena. *(ELENA se hace a un lado, dejando libre el paso hacia la escalera. En este momento llaman a la puerta.)* ¿Han tocado? *(Pequeño silencio durante el cual todos miran a la puerta. Nueva llamada. CÉSAR deja caer la caja en el suelo y contesta, mientras MIGUEL se aparta de la caja.)* ¿Quién es?

LA VOZ DE BOLTON.—*(Con levísimo acento norteamericano.)* ¿Hay un teléfono aquí? He tenido un accidente. *(CÉSAR se dirige a la puerta y abre. Aparece en el marco el profesor*

OLIVER BOLTON, de la Universidad de Harvard. Tiene treinta años y una agradable apariencia deportiva. Es de un rubio muy quemado por largos baños de sol, y viste un ligero traje de verano.)

CÉSAR.—Pase usted.

BOLTON.—*(Entrando.)* Siento mucho molestar, pero hago mi primer viaje a su hermoso país en automóvil, y mi coche..., descompuesto en la carretera. ¿Puedo telefonar?

CÉSAR.—No tenemos teléfono aquí. Lo siento.

BOLTON.—¡Oh!, yo puedo reparar el coche *(sonríe.)*, pero está todo oscuro ahora. Tendría que esperar hasta mañana. ¿Hay un hotel cerca?

CÉSAR.—No. No encontrará usted nada en varios kilómetros.

BOLTON.—*(Sonriendo con vacilación.)* Entonces..., odio imponerme a la gente..., pero, quizá, podría pasar la noche aquí..., si ustedes quieren, como en un hotel. Me permitirán pagar...

CÉSAR.—*(Después de una pequeña pausa y un cambio de miradas con ELENA.)* No será necesario, pero estamos recién instalados y no tenemos muebles suficientes.

MIGUEL.—Puede dormir en mi cama. Yo dormiré aquí. *(Señala el sofá de tule.)*

BOLTON.—*(Sonriendo.)* ¡Oh!, no..., mucha molestia. Yo dormiré aquí.

CÉSAR.—No será ninguna molestia. Mi hijo le cederá su cama; nos arreglaremos.

BOLTON.—¿Es seguro que no es molestia?

MIGUEL.—Seguro.

BOLTON.—Gracias. Entonces traeré mi equipaje del coche.

CÉSAR.—Acompáñalo, Miguel.

BOLTON.—Gracias. Mi nombre es Oliver Bolton. *(Hace un saludo y sale; MIGUEL lo sigue.)*

ELENA.—No debiste recibirlo en esa forma. No sabemos quién es.

CÉSAR.—No; pero pensaría muy mal de México si la primera casa adonde llega le cerrara sus puertas.

ELENA.—Eso le enseñaría a no llegar a casas pobres. Yo no podría hacer esto, dormir en casa ajena.

CÉSAR.—Parece decente, además.

ELENA.—Con los americanos nunca sabe uno: todos visten bien, todos visten igual, todos tienen auto. Para mí son como chinos: todos iguales. Voy a poner sábanas en la cama de Miguel. *(Sale por la puerta izquierda. JULIA, que se había sentado junto a la ventana, se levanta y se dirige hacia la misma puerta. CÉSAR, sin mirarla de frente, la llama a media voz.)*

CÉSAR.—Julia...

JULIA.—*(En la puerta, sin volverse.)* Mande.

CÉSAR.—Ven acá. *(Ella se acerca; él se sienta en el sofá.)* Siéntate, quiero hablar contigo.

JULIA.—*(Automática.)* No nos ha quedado mucho que decir, ¿verdad?

CÉSAR.—Julia, ¿no te arrepientes un poco de haber tratado con tanta dureza a tu padre?

JULIA.—Pregúntale a Miguel si él se arrepiente. Todo esto tenía que suceder algún día. Hoy es igual que mañana. Me arrepiento de haber nacido.

CÉSAR.—¡Hija! Solo la juventud puede hablar así. Exageras porque te humillarías que tu tragedia no fuera grandiosa. Todo porque un muchacho sin cabeza no te ha querido. *(JULIA se vuelve a otro lado.)* Y bien, déjame decirte una cosa: no se fijó en ti, no te vio bien.

JULIA.—No hablemos más de eso. *(Con amargura.)* No hizo más que verme. Si no me hubiera visto...

CÉSAR.—Quiero que sepas que al venir aquí lo he hecho también pensando en ti, en ustedes...

JULIA.—Gracias...

CÉSAR.—Si crees que no comprendo que he fracasado en mi vida..., si crees que me parece justo que ustedes paguen por mis fracasos, te equivocas. Yo también lo quiero todo para ti. Si crees que no saldremos de este lugar a algo mejor, te equivocas. Estoy dispuesto a todo para asegurar tu porvenir.

JULIA.—*(Levantándose.)* Gracias, papá. ¿Es eso todo...?

CÉSAR.—*(Deteniéndola por un brazo.)* Si crees que eres fea, te equivocas, Julia. Quizá no debería yo decirte eso... *(Bajando mucho la voz.)* Tienes un cuerpo admirable... eso es lo que importa. *(Se limpia la garganta.)*

JULIA.—*(Desasiéndose, lo mira.)* ¿Por qué me dices eso?

CÉSAR.—*(Mirándola a los ojos, lentamente.)* Porque no te conoces, porque no tienes conciencia de ti. Porque soy el único hombre que hay aquí para decírtelo. Miguel no sabe... y aquel otro imbécil no se fijó en ti. *(Mira a otro lado.)* Tienes lo que los hombres buscamos, y eres inteligente.

JULIA.—*(Con voz blanda.)* Pareces otro de repente, papá.

CÉSAR.—A veces soy un hombre todavía. Serás feliz, Julia, te lo juro.

JULIA.—Me avergüenza guardarte rencor, padre, por haberme hecho nacer..., pero lo que siento es algo contra mí, no contra ti... ¡Siento tanto no poder felicitarte por tener una hija bonita! A veces me asfixio, me siento como si no fuera yo más que una gran cara fea... *(CÉSAR la acaricia ligeramente.)* monstruosa, sin cuerpo. Pero no te odio, créelo, ¡no te odio! *(Lo besa.)*

CÉSAR.—He pensado muchas veces, viéndote crecer, que pudiste ser la hija de un hombre ilustre, único en su tipo; pero ya ves; todo lo que sé no me ha servido de nada hasta ahora. Mi conocimiento me parece a menudo una podredumbre interior, porque no he podido crear nada con lo que sé..., ni siquiera un libro.

JULIA.—Nos parecemos mucho, ¿verdad?

CÉSAR.—Quizá eso es lo que nos aleja, Julia.

JULIA.—*(Con un arrebato casi infantil, el primero.)* Pero ¡no nos alejará ya! ¡Te lo prometo! De cualquier modo, no quiero quedarme aquí mucho tiempo. Prométeme...

CÉSAR.—Te lo prometo..., pero, a tu vez, prométeme tener paciencia, Julia.

JULIA.—Sí. *(Con una sonrisa amarga.)* Pero... ¿sabes por qué me siento tan mal aquí, como si llevara un siglo en esta casa? Porque todo esto es para mí como un espejo enorme en el que me estoy viendo siempre.

CÉSAR.—Tienes que olvidar esas ideas. Yo haré que las olvides. *(Se oye a ELENA bajar la escalera.)*

LA VOZ DE ELENA.—César, ¿crees que ya habrá cenado este gringo? *(Entra.)* No tenemos mucho, ¿sabes?

CÉSAR.—Habrá que ofrecerle. Qué diría si no... Mañana iremos al pueblo por provisiones, y yo averiguaré dónde

está Navarro para ir a verlo y arreglar trabajo de una vez.

ELENA.—¿Navarro?

CÉSAR.—El general, según él. Es un bandido, pero es el posible candidato..., el que tiene más probabilidades. No se acordará de mí; tendré que hacerle recordar... Esto es como volver a nacer, Elena, empezar de nuevo; pero en México empieza uno de nuevo todos los días.

ELENA.—(Moviendo la cabeza.) Miguel tiene razón; si esto fuera campo, sería mucho mejor para todos. No tendrías que meterte en política.

CÉSAR.—En México todo es política..., la política es el clima, el aire.

ELENA.—No sé. Creo que a pesar de todo habría preferido que siguieras en la universidad...

CÉSAR.—¿Olvidas que en la última crisis me echaron?

ELENA.—Quizá si hubieras esperado un poco, hablando con el nuevo rector, te habrían devuelto tu puesto.

CÉSAR.—¿Cuatro pesos? La pobreza segura.

ELENA.—Segura, tú lo has dicho.

JULIA.—(Con un estremecimiento.) No..., la pobreza, no... Yo creo que es mejor, después de todo, que hayamos venido aquí. Es un cambio.

ELENA.—Hace un momento te quejabas.

JULIA.—Pero es un cambio.

CÉSAR.—No sé por qué, pero tengo la seguridad de que algo va a ocurrir aquí.

ELENA.—Voy a preparar la cena. Ojalá no te equivoques, César.

CÉSAR.—¿Por qué no dices «de nuevo»?

ELENA.—(Tomándole la mano y oprimiéndola con ternura.) Siempre tienes esa idea. Es absurdo. Si fuera yo más joven, acabaría por influenciarme. (Se desprende.) Ayúdame, Julia. (Las mujeres pasan al comedor y de allí a la cocina. CÉSAR toma un libro del cajón, lo hojea, se encoge de hombros y vuelve a arrojarlo en él.)

CÉSAR.—No quedó lugar donde poner mis libros, ¿verdad? (Espera un momento la respuesta que no viene.) ¿No quedó lugar...? (Se dirige al hablar hacia el comedor, cuando entran MIGUEL y BOLTON, llevando una maleta cada uno.)

BOLTON.—Aquí estamos.

CÉSAR.—¿Ha cenado usted, señor...?

BOLTON.—Bolton Oliver Bolton. (Deja la maleta y mientras habla saca de su cartera una tarjeta que entrega a CÉSAR.) Tomé algo esta tarde en el camino, gracias. Odio molestar.

CÉSAR.—(Mirando la tarjeta.) Un bocado no le caerá mal. Veo que es usted profesor de la Universidad de Harvard.

BOLTON.—¡Oh!, sí. De historia latinoamericana. (Recojiendo su maleta.) Voy a asearme un poco. ¿Usted permite?

MIGUEL.—Arriba hay un lavabo. Me adelanto para enseñarle el camino. (Lo hace.)

BOLTON.—Gracias. (Los dos salen. Se les oye subir la escalera. CÉSAR mira y remira la tarjeta y, teniéndola entre los dedos de la mano derecha, golpea con ella su mano izquierda. Una sonrisa bastante peculiar se detiene por un momento en sus labios. Se guarda la tarjeta y empuja el cajón de libros hasta el comedor, en uno de cuyos rincones lo coloca. Mientras lo hace, ELENA pasa de la cocina al comedor buscando unos platos.)

ELENA.—Me pareció que me hablabas hace un momento.

CÉSAR.—No.

ELENA.—¿Has puesto los libros aquí? Estorbarán, y no quedó lugar para el librero, sabes.

CÉSAR.—(Después de una pequeña pausa.) Eso era lo que quería preguntarte.

ELENA.—Creí que te enojarías.

CÉSAR.—Es curioso, Elena.

ELENA.—¿Qué?

CÉSAR.—Este americano es profesor de historia, también..., profesor de historia latinoamericana en su país.

ELENA.—(Sonriendo.) Entonces será pobre.

CÉSAR.—¿Otro reproche?

ELENA.—¡No! Ya sabes que yo no tomo en serio esas cosas que tanto atormentan a Julia y a ti. Se es pobre como se es morena... y yo nunca he tenido la idea de tñirme el pelo.

CÉSAR.—Es que crees que no haré dinero nunca.

ELENA.—No lo creo, (Con ternura.) lo sé, señor Rubio. v